

Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N, de Ferran Archilés y Julián Sanz*

Víctor Manuel Santidrián Arias

IES do Milladoiro

Ferran Archilés y Julián Sanz, coordinadores de *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N*, toman la fecha de la muerte de Franco como eje para reunir una serie de trabajos sobre la última década de la dictadura y de su legado inmediato. Los enfoques de los trece capítulos que componen el libro responden a las variadas procedencias de las personas que los firman: desde la historia cultural hasta la social y de género.

Los coordinadores del volumen afirman que si bien el franquismo no terminó con la muerte de Franco, tampoco le sobrevivió. La razón está relacionada con el hecho de que la dictadura «no dejó de influir en varias generaciones de españoles», pero, al mismo tiempo, no fue capaz de generar «una legitimidad autónoma o suficiente», porque basó su poder en la violencia y en la represión. Estamos, por lo tanto, ante una reflexión acerca de las actitudes sociales ante el franquismo, acerca de las fuerzas del cambio, del papel jugado por las élites y por la oposición democrática, «que posiblemente sobreestimaba sus fuerzas» (p. 11).

En «La lucha por la democracia en España» (escrito que forma parte, junto al de Alfonso Botti, del primer bloque de conte-

* Ferran Archilés y Julián Sanz (coords.), *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N*, Valencia, Universitat de València, 2017., 326 pp.



nidos: «Entre dictadura y democracia»), Ismael Saz se aleja tanto de aquellos relatos que convierten la transición en un «mito, en positivo» —los que sacralizan el fenómeno—, como de aquel otro «en negativo» —los que lo demonizan—. Y lo hace porque considera que se trata de lecturas retrospectivas, «como si hubiera una necesidad de saldar cuentas con el pasado, en ocasio-

nes más personales que colectivas» (p. 21). Por todo ello, el trabajo de Saz se basa en la idea, en primer lugar, de que la transición «es una parte cronológicamente delimitada (julio 1976-diciembre 1978) de un proceso mucho más amplio, el de la conquista de la libertad» (p. 31); a fin de cuentas, «ninguna periodización de la transición es políticamente neutra» nos dice el autor en la página 19. En segundo lugar, Saz afirma que históricamente, «casi siempre», el pueblo siempre ha sido el «gran protagonista» de los procesos democratizadores. Por eso, el subtítulo de este capítulo es sumamente expresivo: «No solo élites». La transición fue fruto de la presión social.

Pau Casanellas abre con «¿Un país donde reina el orden? Represión, control social y resistencias al cambio antes y después de Franco» un apartado dedicado a la violencia: «Los años de plomo españoles». Casanellas apuesta por la movilización social para explicar la superación de las inercias del aparato franquista, a pesar de los resortes represivos puestos en funcionamiento por la dictadura. De hecho, el fracaso de los intentos de reforma de los meses inmediatamente posteriores a la muerte de Franco evidenció que «sin el concurso de la oposición y rechazada de plano en la calle, no había reforma posible» (p. 114). No hubo una hoja de ruta pilotada por una, dos o tres personas para salir del franquismo.

Como Ismael Saz, de mitos también se habla en otros capítulos de este libro, concretamente en el trabajo de Sophie Baby: «La violencia en la transición española: el derrumbe de un mito». Porque lo que cuestiona Baby es el mito de la transición como periodo pacífico. La opinión de Baby se apoya en evidencias extraídas de la realización de un censo de actos de violencia física y de amenazas «siempre que se refieran a usos de la fuerza con fines políticos» (p. 128); actos y amenazas protagonizados

por «grupos contestatarios» y por agentes de las fuerzas del orden público entre el 20 de noviembre de 1975 y la llegada del PSOE al poder en octubre de 1982. Solo en lo que se refiere a quienes perdieron la vida en esos años, la autora contabiliza más de 530 personas a manos de los «contestatarios» y 178 muertas por balas policiales. Al añadir otros tipos de violencia física política, la autora habla de un ciclo de violencias específico de la transición, que podría ser el más sangriento de Europa (p. 147). Negar esta realidad, como hace el mito transicional, es la causa de que las víctimas hayan quedado relegadas a un rincón.

De violencias escribe también Borja Ribera, en su caso referido al territorio valenciano: «De la violencia a la negociación. El anticatalanismo y el proceso autonómico valenciano», un texto que cierra el apartado sobre la violencia política, pero que bien podría haber sido incluido en el dedicado a la «cuestión nacional». Borja Ribera describe la «Batalla de Valencia» (marzo de 1978-diciembre de 1979), una campaña ejecutada por la derecha valenciana con actitudes violentas para frenar el desarrollo de una identidad valenciana encuadrada en el marco catalán.

«Construir la imagen del 20-N», título del segundo bloque en que se divide *Cuarenta años y un día...*, agrupa dos trabajos sobre la representación audiovisual del 20-N y del franquismo, un interesante enfoque que no siempre está presente en los libros de historia. El capítulo «La reconquista audiovisual de la invisible agonía de Franco», del que es autora Nancy Berthier, estudia de qué manera los últimos días de la vida del dictador «tomaron cuerpo en la narrativa audiovisual para colmar retrospectivamente el vacío de la imagen ausente, percibida como imagen prohibida» (p. 42). Partiendo de la teoría de los dos cuerpos del rey, Berthier nos habla del «cuerpo natural»

y del «cuerpo político», de cómo la imagen de Franco, omnipresente en los espacios públicos y privados de la vida española, fue ocultada en su agonía con el objetivo de ensalzar su imagen política hasta que, posteriormente, se elaboraron nuevas narrativas audiovisuales, de las que la autora estudia tres ejemplos (*Hic digitur rei*, 1976, de Antoni Martí; *Así murió Franco*, 1994, de Carlos Estévez; y *¡Buen viaje Excelencia!*, 2003, de Albert Boadella). Por su parte, José Carlos Rueda Laffond escribe sobre «La última apoteosis del franquismo», que no podía ser otra que el 20-N. Se trata del estudio que más se centra en el día de la muerte del dictador y lo hace, fundamentalmente, a través de la programación audiovisual de Televisión Española, la única existente: no en vano el autor habla de «Franco y su televisión» (la cursiva es mía).

El título y el contenido del trabajo «La hora X. El PCE ante el 20-N» hacen un poco extraña su inclusión en un apartado llamado «Una sociedad en movimiento», lo que no resta interés a la colaboración de Emanuele Treglia, buen conocedor de la historia del Partido Comunista. Treglia analiza el tránsito del PCE, una organización que provocaba simpatías en la opinión pública progresista occidental, desde posiciones rupturistas hasta la adopción de la estrategia de la ruptura pactada, lo que generó tensiones en el seno de la organización.

Completan el cuarto bloque un trabajo de Mónica Granell Toledo y otro de Irene Abad Buil. Mónica Granell reivindica el papel de la sociedad civil en el proceso de la transición. La contracultura, ejemplificada en la revista *Ajoblanco*, buscó un espacio propio en aquel momento histórico. El hecho de haber nacido en la dictadura le confirió una marca militante antifranquista en una relación conflictiva con la política.

Por su parte, Irene Abad, escribe sobre «Feminismo y género en la década de los

setenta». Frente al «modelo falangista de mujer», en los años sesenta las mujeres antifranquistas, en particular las comunistas, organizaron el Movimiento Democrático de Mujeres, que «acabaría teniendo mucho peso en el desarrollo del feminismo en España» (p. 225). 1975 puso la «cuestión femenina» sobre la mesa tanto por la propia evolución de los movimientos de mujeres en España como por el hecho de que Naciones Unidas lo convirtió en Año Internacional de la Mujer. Irene Abad remata su capítulo afirmando que «la cuestión femenina durante la Transición se tornó en feminismo y marcó las pautas de lo que seguiría siendo la lucha por la igualdad de género a lo largo de la democracia» (p. 236). Cabe preguntarse si la evolución del feminismo se vio condicionada por la dinámica de la transición o si se trata de una coincidencia cronológica.

El quinto y último apartado de este libro se titula «La cuestión nacional». Ferrán Archilés entiende las «demandas nacionales» como una «presión social» ejercida «desde abajo entre 1975 y 1977 (p. 241). Nada estaba escrito de forma que la respuesta de la Carta Magna a esas demandas fue fruto de la correlación de fuerzas. Curiosamente, Archilés comienza su reflexión con una cita de Manuel Fraga fechada en 1976: «[...] no puede haber en España más que una soberanía [...]: la de la Nación española; ni puede haber más que un poder político soberano: el del Estado español, del que todos formamos parte» (p. 240). Aviso para navegantes que, vista la realidad de la Cataluña de 2017/2018 y con la aplicación del artículo 155 de la Constitución por medio, puede poner en solfa la afirmación de que a la muerte del dictador «no todo estuvo «atado y bien atado»» (p. 241).

Si Archilés estudia en sus páginas la postura del Partido Comunista y la del PSOE ante la cuestión nacional, Vega Rodríguez-

Flores analiza con mayor profundidad la de los socialistas entre 1974 y 1979, entre los congresos de Suresnes y el XXVIII. Ese periodo supone el tránsito del derecho de autodeterminación a la defensa del Estado de las Autonomías con vistas a un futuro Estado Federal en un horizonte que no se acaba de alcanzar.

Finalmente, Leire Arrieta cierra el apartado sobre «La cuestión nacional» —y el libro—, con un trabajo acerca del Partido Nacionalista Vasco. En 1975 el PNV era ya una organización con muchas décadas de vida política que se vio obligada a desplazar su centro neurálgico desde el exilio hasta el interior, donde, siguiendo su tradición, intentó consolidar una amplia comunidad nacionalista más allá de los límites partidarios. También en línea con su trayectoria histórica, el PNV se mantuvo en «terrenos imprecisos» (p. 304), lo que le permitió

convertirse en fuerza mayoritaria en Euzkadi. En esos años, marcó claramente su oposición a la violencia etarra y pactó con el Estado de forma que el autogobierno se convirtió en una actualización de los «derechos históricos» vascos.

Quien se aproxime a «La cuestión nacional» puede buscar análisis sobre otros territorios —Galicia, ejemplo—. No los encontrará como tampoco encontrará otros temas para los que el 20-N fue un punto final o un punto de arranque. No están porque Ferran Archilés y Julián Sanz avisan en las primeras páginas que este volumen «No aborda todos los ámbitos de estudio posibles, ni pretende cerrar ningún debate» (p. 13). Lo que no resta ningún interés a este muy recomendable *Cuarenta años... y un día. Antes y después del 20-N*, que reivindica la movilización social para explicar lo que fue la transición.